

—¡Ah!— exclamó.—Los hombres son más felices que nosotras. Yo nací para ser hombre. ¡Qué bien hubiera estado!

Se levantó, y fué á sentarse perezosamente en la Voltaire, cerca de la ventana. El crepúsculo caía dulcemente; detrás de las casas, más allá, de los terrenos baldíos, nubes amarillentas con bordes rojos, flotaban en la atmósfera.

—Un hombre puede hacer lo que quiera; nada está mal en él. ¿No se te ha ocurrido nunca huir, Luisa, pero completamente sola?

Luisa se rió.

— ¡Nunca! ¡Qué locura!

Por lo demás, le parecía horrible la situación de una mujer sola en el mundo, en las fondas, con la impedimenta del equipaje...

—Tienes razón... De buena gana me fumaría un cigarrillo...

—Bueno; pero podía oler algo Juliana, lo que la haría un endiablado efecto.

— Esto es un convento, hija. Tu cárcel no es fea.

Luisa no respondió; tenía la mirada vaga, como quien persigue una idea.

—Todo eso son locuras,—dijo.—La única verdad de este mundo, es ser feliz en su casa, con su marido y un hijo ó dos...

Leopoldina saltó en la butaca. ¡Hijos! No quería ni hablar de eso. Todos los días daba gracias á Dios porque no se los daba.

—¡Qué horror!—exclamó convencida.—Son una carga; gastos, trabajos, enfermedades. ¡Dios me libre! Cuando son mayores, meten la nariz por todas partes, son chismosos, y cuentan... Una mujer con hijos no sirve para nada y está atada de pies y manos, sin gustar placer alguno. Que no me castigue

Dios; pero si tuviera esa desgracia; iría en busca de la vieja de la calle de Polha...

—¿Qué vieja es esa?—preguntó Luisa.

Leopoldina se lo explicó, y Luisa declaró que era una *infamia*. La otra se encogió de hombros, y añadió:

—Sin contar con que desfigura á la mujer. No hay belleza del cuerpo que resista á eso. Se pierde lo mejor que una tiene. Cuando se es como tu amiga doña Felicidad, no importa; pero sí cuando una es alta y bien formada.

Se levantó, ostentando airosamente su cuerpo.

—Gracias—dijo volviendo á sentarse.—Bastantes molestias tenemos sin esa más.

Se oyó en la calle al hombre del organillo, que tocaba el final de *Traviata*: la noche llegaba y el verdor de los terrenos de enfrente tomaba un tono gris, igual: las fachadas de las casas se hundían en la sombra.

La *Traviata*, recordó á Luisa *La Dama de las Camelias*, hablaron de la novela, y se comunicaron las impresiones de la lectura.

—¡Qué apasionada estuve de Armando cuando era niña!—dijo Leopoldina.

—Y yo de Artagnan,—repuso ingenuamente Luisa.

Y se rieron mucho.

—Hemos empezado temprano—observó Leopoldina.— Dame un sorbo más.

Bebió, se encogió de hombros y dejó la capa.

—¡Temprano! Todas las jóvenes empiezan temprano. A los trece años han tenido ya la cuarta pasión. Todas son mujeres y sienten por igual.

Y balanceando el cuerpo, cantó con melodía de *Fado*:



Es amor como una fiebre  
Que va disuelta en el aire;  
Se abren las ventanas, entra,  
Y hace encenderse la sangre.

—En suma: que es lo mejor del mundo; ¿verdad?  
¿Qué dices tú?—añadió levantándose, y dando un golpecito en la espalda á Luisa.

—Sí,—contestó en voz baja.—Así lo creo...

—¡Lo cree!—repuso Leopoldina.—¡Inocentel ¡Miren el angelito, la disimulada!

El organillo empezó un vals. Leopoldina tenía ganas de bailar, cantaba bajo, moviendo el cuerpo.

¡Decididamente tenía gracia!

Se aproximó á la ventana, vió por los cristales caer la noche, y de pronto empezó á decir pausadamente:

—¿Vale realmente la pena pasar privaciones, llevar vida de mochuelo, y mortificarse, para coger un día una calentura, una pulmonía, ó una insolación, é irse luego al cementerio de San Juan! ¡Vaya una estupidez! ¿Qué dices tú?

Luisa se sentía ruborizar, el crepúsculo, las palabras de Leopoldina, la predisponían como con languidez tentadora. Encontró, á pesar de esto, *inmoral* aquella idea.

—¿Por qué inmoral?

Luisa habló vagamente de *deberes*, de *religión*, pero la palabra deber, cargaba á Leopoldina. Si había algo que no le gustase, era oír hablar de deberes.

—¿Deberes? ¿Con un animal como mi marido?

Empezó á pasearse agitada.

—En cuanto á la religión, música. El cura Esteban, el de los lentes y dentadura bonita, me ha dicho

que me daría cuantas absoluciones quisiera, si accedía á ir con él á Carriche.

—¡Oh, los sacerdotes!...—murmuró Luisa.

—Los sacerdotes ¿son ellos la religión? Yo no he conocido nunca otra.—Y añadió con solemnidad.—Dios, querida mía, está muy lejos, y no se ocupa de lo que hacemos las mujeres.

Luisa creyó atroz aquel modo de pensar. La verdadera felicidad, consistía en ser honrada.

—Y jugar á la brisca en familia,—gruñó Leopoldina.

Pues bueno,—dijo Luisa animándose;—con todas tus pasiones una tras otra...

—Bien... ¿qué?

—Que no eres más feliz; es un hecho.

—Está claro que no; pero...—Buscó una frase que no quiso emplear sin duda y añadió con sequedad. ¡Eso me divierte!

Se callaron Luisa pidió el café. Juliana entró con la bandeja y trajo luz. Poco después fueron al salón.

—¿Sabes quién me habló ayer de ti?—dijo Leopoldina.

—¿Quién?

—Castro.

—¿Quién es Castro?

—El de los lentes; el banquero.

—¡Ah!...

—Sigue siempre enamorado de ti.

—Es un loco—dijo Luisa riendo.

El salón estaba oscuro y las ventanas abiertas. La calle en sombra y el aire suave, daban paz á la noche.

Leopoldina quedó silenciosamente un instante; pero el champagne y la penumbra la dieron come-



zón de hacer confidencias. Se extendió sobre el diván en una postura de abandono, y se puso á hablar de sí misma. Siempre Fernando, el poeta, la adoraba.

—Si supieses...—murmuró en éxtasis. Es un amor de niño.

Su voz tenía inflexiones de suave ternura. Luisa, casi acostada también á su lado, sentía su respiración y su calor, ante ciertos detalles picantes del relato de Leopoldina, se rió con la risa nerviosa que produce el cosquilleo...

En aquel momento se sintió en la calle el paso de un hombre, calzado con botas gruesas, y casi al mismo tiempo, surgió un chorro de luz del farol de gas de la acera de enfrente; dulce claridad penetró en el salón.

Leopoldina se levantó. ¡Cómo! ¡encendían ya el gas! ¡Y el pobre muchacho que estaría esperándola! Entró en el tocador á obscuras para ponerse el sombrero y buscar la sombrilla. Se lo había prometido y no podía faltar; pero... ¡ir sola!... ¡Estaba tan lejos!... ¡Si Juliana pudiera acompañarla!...

— ¡Ya lo creo! —dijo Luisa.

Se levantó perezosamente suspirando con fuerza; abrió la puerta y tropezó con Juliana en la sombra del pasillo.

— ¡Jesús! ¡qué susto!

—Venía á saber si las señoras querían luz.

—No; póngase usted el chal, para ir con la señorita Leopoldina. Pronto...

Juliana se fué aprisa.

—¿Cuándo se te verá? —preguntó Luisa.

—Lo antes posible.

Pensaba ir aquella semana á Oporto á ver á la tía Figueiredo y pasar quince días en Foz.

La puerta se abrió.

—Cuando quiera la señora.—dijo Juliana con voz áspera.

Se hicieron grandes caricias y se abrazaron mucho, y Luisa dijo al oído á Leopoldina:

—¡Cuánto he gozado!

Se quedó sola, cerró las ventanas, y se puso á pasear en el salón. Sin quererlo ella misma, pensaba en que Leopoldina iba á ver á su querido... ¡Su queridol...

La siguió mentalmente, y la vió andando deprisa, y hablando con Juliana; después llegaba, subía agitada, abría la puerta... ¡Qué primer beso, delicioso, largo, ansioso!...

Suspiró. También ella amaba, y *él* era más hermoso, más seductor. ¿Por qué no había venido?

Sentóse perezosamente al piano, y cantó á media voz y tristemente el *fado* de Leopoldina:

...Y á mi lado aunque esté lejos,  
Yo le siento palpitar...

Aquella idea de soledad y abandono la puso triste. ¡Qué fastidio estar siempre sola!

La noche cálida, hermosa y tranquila la atraía, la llamaba afuera, á los paseos sentimentales para contemplar el cielo en el banco de un jardín, con las manos juntas. ¡Qué vida tan tonta la suya! Y Jorge, ¡qué idea la de marcharse al Alentejo!

El mareo del champagne la agitaba la sangre.

A las nueve sonó la campanilla.

Se sobresaltó. No podía ser Juliana la que llamaba. Escuchó conmovida; se oían voces en el descansillo.

—Señorita,—vino á decir Juana por lo bajo,—es su primo de usted que viene á despedirse...

—Que entre,—balbuceó, sofocando un gríto.



Sus grandes ojos abiertos devoraban la puerta. Se levantó el portier y entró Basilio, pálido y sonriente.

—¡Te vas!—le dijo poniéndose delante.

—No,—contestó abrazándola,—no. Creí que no querías recibirme á estas horas, é inventé ese pretexto.

La apretó más contra su pecho; ella le dejó hacer y se unieron sus labios. Basilio miró rápidamente en derredor y la levantó en sus brazos murmurando:

—¡Mi amor! ¡mi vida!

Tropezó con la piel de tigre, extendida delante del diván.

—¡Te adoro!

—¡Me das miedo!—suspiró Luisa.

—¿Es cierto?

Luisa no respondió: perdió poco á poco la clara percepción de las cosas, la pareció que se dormía y balbuceó:

—¡Jesús! ¡no...! ¡no...!

Después sus ojos se cerraron.

Cuando la campanilla sonó fuertemente, á las diez, Luisa se acababa de sentar cerca del diván. Le dijo á Basilio:

—Ha de ser Juliana, que había salido.

Basilio se atusó el bigote, dió dos vueltas por la sala y se puso á encender un cigarro.

Se sentó al piano, tocó algunos compases al acaso y alzando un poco la voz, comenzó á cantar el aria del tercer acto del *Fausto*:

“Al pallido chiarore  
Dei astre d'oro.”

A través de las últimas vibraciones de los nervios de Luisa, fué apareciendo en su espíritu un recuerdo antes borrado: era una noche, hacía años, en San

Carlos, en un camarote con Jorge; una luz eléctrica daba al jardín un tono lívido de resplandor legendario, y en actitud extática y suspirante, el tenor invocaba á las estrellas; Jorge habíase vuelto para decirle: “qué hermosa,” y con sus ojos la devoraba. Era el segundo mes de casamiento; ella estaba con un vestido azul obscuro, y á la vuelta, en el carruaje, Jorge, pasando la mano por la cintura, repetía:

“Al pallido chiarore  
Dei astre d'oro.”

Y la estrechaba contra sí. Permanecía inmóvil al lado del diván, con los brazos apoyados en las rodillas, la mirada fija. Basilio entonces vino á sentarse cerca de ella.

—¿En qué pensabas?

—En nada.

La estrechó la cintura con su brazo derecho; empezó á decir que era preciso procurarse una casita donde pudieran verse mejor, más á su sabor; no era prudente continuar en su casa.

Y hablando, volvía á cada momento el rostro, echando para el otro lado el humo del cigarro.

—¿No te parece que venir aquí todos los días puede ser objeto de murmuraciones?

Luisa se levantó bruscamente; se acordaba de Sebastián y con una voz airada, dijo:

—Ya es tarde.

—Tienes razón.

Fué á buscar el sombrero y salió. Luisa sintió encender un fósforo y abrir la puerta de la cancela.

Estaba sola; púsose á mirar en redondo como una idiota; el silencio de la sala parecíale acusador; las velas lucían con una llama roja; le picaban los ojos;



tenía la boca seca; una de las almohadas del diván estaba caída en el suelo.

Con un aire sonámbulo entró en su cuarto. Juliana estaba allí arreglando la lamparilla. Subió á la cocina; llamó á Juana que estaba durmiendo. Juliana puso la torcida de la lamparilla con dedos que temblaban; tenían sus ojos un brillo agudo: y después de toser, dijo sonriéndose á Juana:

—Entonces, ¿á qué hora vé el primo á la señora?

—Hoy ha estado después que usted ha salido.

—¡Ah!

Descendió con la lamparilla y sintiendo á Luisa en la alcoba:

—La señora, ¿no quiere nada?—preguntó con mucho interés.

—No.

Fué á la sala; cerró el piano; había un fuerte olor de cigarro; púsose á mirar en derredor, andando con paso sutil. De repente fijóse rápidamente: al pie del diván una cosa relucía; era un alfiler de pecho de Luisa; de amatista con aro de oro. Tornó á entrar en el cuarto sobre las puntas de los pies, lo colocó en el tocador entre los rizos de cabello postizo.

—¿Quién anda ahí?—preguntó desde la alcoba la voz soñolienta de Luisa.

—Soy yo; he entrado á cerrar la sala. Muy buenas noches, señora.



A aquella hora Basilio entraba en el Gremio. Dos señores con los rostros entre los pechos, encorvados en aptitudes lúgubres, rumiaban los periódicos; aquí y allá, junto á las mesitas redondas, otros comían ó tomaban café con satisfacción plácida. Las ventanas estaban abiertas, la noche era ardiente y el olor del gas molestaba. Iba á descender, cuando de una salita de juntas, de repente, salió el ruido irritado de una disputa. Trocábanse injurias, gritábase:

—Miente usted.

—El asno es usted.

Basilio escuchó; pero súbitamente se hizo un gran silencio. Una de las voces dijo con blandura: "Paz, paz;," la otra respondió con benevolencia: "Por mi parte no hay inconveniente.," La cuestión estalló de nuevo, estridente, sonora; disputaban, decían obsenidades. Basilio fué al billar; el vizconde Reynaldo, de pie, apoyado en el taco, seguía con una inmovilidad grande el juego de su contrincante: apenas vió á Basilio, fué rápidamente á él y muy interesado:

—¿Hasta ahora?



—Hasta ahora mismo,—dijo Basilio.

—De manera que...—exclamó Reynaldo, abriendo los ojos con gran alegría.

—Así parece.

—Muy bien, muy bien, muchacho, muy bien.

Le dió dos golpes en el hombro, conmovido; llámanle para jugar, y todo estirado sobre el billar, con una pierna en el muro para dar con más seguridad el *efecto*, dijo con voz desfigurada por la actitud:

—Me alegre, me alegre, porque eso comenzaba á estar pesado.

¡Taa! Falló la carambola.

Y llegándose á Basilio, para dar tiza en el taco, preguntó.

—Y ¿qué tal, qué tal?

—Como un ángel, muchacho,—exclamó Basilio.

VI

Juliana á la mañana siguiente, fué á llamar á la puerta de Luisa, diciéndola con voz baja:

—Señora, señora; un criado con una carta acaba de venir de la fonda.

Fué á abrir una de las ventanas en las puntas de los pies, y volviendo á la alcoba, dijo con cautela misteriosa:

—Esperando la respuesta está abajo.

Luisa, estremeciéndose, abrió el ancho sobre azul con un monograma: dos BB, una de púrpura y otra de oro sobre una corona de conde.

—Bueno; no tiene respuesta.

—No tiene respuesta, fué á decir Juliana al criado que esperaba en el pasillo retorciéndose las guías negras de su bigote.

—¿No tiene respuesta? Mejor; excelente día.

Levantó el dedo secamente y descendió canturreando.

—¡Hombre perfecto!—fué pensando Juliana, por la escalera de la cocina.

—¿Quién ha llamado, señora Juliana?—preguntó después la cocinera.

Juliana gruñó.